

10. The Sack of Rome

Introduction

Welcome back to Blood and Marble: Learn Spanish with the History of Rome.

In our last episode, we witnessed one of Rome's greatest triumphs. After ten long years of war, the powerful Etruscan city of Veii fell. It was a turning point—the first time Rome had conquered a major rival and doubled its territory. The republic emerged stronger, richer, and more ambitious than ever.

But success can breed complacency.

Flush with victory, the Romans were confident—too confident. As they celebrated and squabbled over the spoils, they failed to see a new danger rising. From the north, a strange and terrifying enemy was on the march. And Rome was not ready.

Today's episode is about catastrophe. Just a few years after its greatest victory, Rome would suffer its greatest defeat—a humiliation so profound it would haunt the Roman imagination for centuries.

It's a story of pride, panic, destruction—and survival.

And as always, don't worry if you don't catch every word. Enjoy the story. The more you listen, the more your Spanish will grow.

So let's return to Rome—proud, victorious, and unaware of the danger on the horizon.

Una ciudad desprevenida

Después de la victoria sobre Veii, Roma estaba llena de orgullo. Había conquistado a su enemigo más poderoso. Había duplicado su territorio. Tenía más riquezas, más tierras y más ciudadanos. Era, por primera vez, la ciudad más fuerte del valle del Tíber.

Pero también era una ciudad confiada. Demasiado confiada.

En el Foro, los ciudadanos discutían qué hacer con las nuevas tierras. Los plebeyos querían repartirlas entre las familias pobres. Los patricios decían que esas tierras

pertenecían al Estado, no a los individuos. El conflicto social volvió. Las tensiones crecieron.

El liderazgo de Roma también era débil. En lugar de dos cónsules fuertes, la ciudad era gobernada por tribunos militares con poder consular. Muchos líderes, con diferentes opiniones, que cambiaban cada año. Este sistema, que había funcionado durante la guerra contra Veyes cuando Camilo tomó el control, ahora dificultaba tomar decisiones rápidas y claras.

Mientras tanto, el Senado pensaba que Roma no tenía nada que temer. “Después de Veyes, ¿quién va a atacarnos?”, decían. “Roma es invencible.” El ejército estaba ocupado con otros conflictos: vigilaba a los aliados de Veyes, como Falerios y Capena, y respondía a tensiones con otras ciudades latinas. Nadie prestaba atención a las noticias del norte.

Y en medio de todo esto, el gran general Marco Furio Camilo —el héroe de la guerra contra Veyes— fue acusado de corrupción. También se había opuesto al reparto de tierras, lo que lo hizo aún más impopular. Al final, para evitar un juicio, Camilo decidió exiliarse voluntariamente. Roma perdió a su mejor general. Y lo hizo justo cuando más lo iba a necesitar.

Algunos comerciantes hablaban de un pueblo extraño, de más allá de los Alpes. Altos, fuertes, con el cabello claro y desordenado. Armados con largas espadas y escudos redondos. Guerreros que luchaban con furia y gritaban como animales salvajes. Eran los galos.

Pero en Roma, esas historias parecían exageraciones. Nadie las tomaba en serio. Nadie pensaba que esos “bárbaros” podían ser un peligro real.

Y así, Roma siguió sin prepararse. No construyó murallas nuevas. No reorganizó sus defensas. Era una ciudad abierta, confiada, vulnerable.

Y el enemigo se acercaba.

...

Los galos no eran como los enemigos que Roma conocía.

No eran etruscos. No eran latinos. No luchaban con disciplina ni hablaban una lengua familiar. Eran muy distintos.

Venían del norte, de más allá de los Alpes. Durante generaciones, estos pueblos celtas habían vivido en el centro de Europa, en las regiones que hoy llamamos Francia, Suiza y Alemania. Eran tribus independientes, guerreras, que a veces se unían, a veces luchaban entre ellas, pero siempre seguían adelante, en movimiento.

Presionados por otros pueblos y atraídos por las tierras fértiles del sur, algunos grupos comenzaron a cruzar los Alpes. No fue una invasión organizada. Fue una migración, lenta pero poderosa, como una ola que no se detiene. Familias enteras viajaban con sus carros, animales, armas y esperanzas. Buscaban nuevos territorios donde establecerse. Algunos llegaron a la llanura del río Po. Otros siguieron más al sur.

Uno de estos grupos, liderado por un caudillo llamado Breno —o Brennus, en latín— cruzó las montañas con miles de personas. Al llegar al norte de Italia, no encontraron un enemigo fuerte. Las ciudades etruscas estaban divididas, débiles, y muchas prefirieron negociar antes que luchar. Los galos tomaron tierras sin mucha resistencia, y poco a poco empezaron a establecerse en la región.

Pero no todo fue pacífico.

Cuando el grupo de Breno llegó cerca de Clusium, la situación cambió.

Clusium era una ciudad etrusca importante: rica, bien situada, y con influencia en toda la región. Estaba al sur del territorio galo, más cerca del mundo romano. Y cuando los galos se acercaron, los líderes de Clusium se preocuparon.

Breno no atacó de inmediato. Según las fuentes romanas, los galos querían un acuerdo. Buscaban tierras para asentarse, y propusieron una negociación.

Pero Clusium tenía miedo. Estos nuevos pueblos eran altos, ruidosos, feroces. Nadie los conocía bien. No hablaban el mismo idioma. No seguían las mismas costumbres. Los líderes etruscos temían perder su territorio... y también su poder.

Así que decidieron pedir ayuda. Y enviaron un mensaje a Roma.

Roma no tenía una alianza con Clusium. No tenía obligación de intervenir. Pero sí tenía interés. Si los galos seguían bajando hacia el sur, Roma podía ser la siguiente.

Además, Clusium tenía pocas opciones. Después de la caída de Veyes, las otras ciudades etruscas estaban desunidas y debilitadas. Muchas temían a Roma tanto como a los galos.

Y Clusium sabía que Roma ahora era la fuerza más poderosa de la región. Si alguien podía detener a estos extraños invasores, era Roma.

Un desastre diplomático

Roma respondió. El Senado decidió enviar a tres embajadores —representantes oficiales—: los hermanos de la familia Fabia. Eran nobles, experimentados, y conocidos por su orgullo. Su misión era representar a Roma, observar la situación, y hablar con los galos. Eran diplomáticos, no soldados. Su trabajo era proteger la paz.

Pero no se comportaron como diplomáticos.

Cuando llegaron a Clusium, los Fabios no intentaron calmar la tensión. No actuaron como observadores neutrales. Rápidamente, mostraron su apoyo a los etruscos.

Según la tradición, uno de ellos —Quinto Fabio— incluso participó en un pequeño enfrentamiento fuera de la ciudad. En medio del conflicto, mató a un guerrero galo. No fue una gran batalla, pero sí un momento importante. Porque lo hizo delante de todos. Delante de los soldados etruscos... y delante de los galos.

La reacción fue inmediata. Los galos quedaron en shock. No solo por la muerte de uno de los suyos, sino por quién lo había hecho: un embajador. Un enviado oficial. Un representante de Roma.

En el mundo antiguo, el papel de un embajador era sagrado. No podía atacar, ni ser atacado. Era una regla respetada incluso entre enemigos. Romper esa norma no era solo un acto violento. Era una ofensa religiosa. Un insulto a los dioses.

Breno, el líder galo, no respondió con furia. Envío un mensaje a Roma. Pidió justicia. Quería que los tres Fabios fueran castigados.

El Senado se reunió. Sabían que los Fabios habían roto una ley sagrada. Sabían que Roma tenía la culpa. Pero también sabían otra cosa: los Fabios eran poderosos. Su familia tenía influencia. Y admitir culpa ante un pueblo “bárbaro” era, para muchos senadores, una humillación.

Así que el Senado tomó una decisión que cambiaría la historia. No solo se negaron a castigar a los Fabios. Uno de ellos —Lucio Fabio Ambusto— fue elegido para formar parte del gobierno del año siguiente como tribuno militar con poder consular.

Para los galos, esto fue una provocación directa. Fue un acto de orgullo. De arrogancia. Y para Breno, la respuesta estaba clara.

Roma no quería justicia. Roma quería guerra.

Breno reunió a sus hombres. No necesitó dar muchos discursos. Ellos ya sabían lo que debían hacer. Ya no se trataba de tierras ni de acuerdos. Se trataba de honor. Se trataba de dar una lección. Y así comenzó la marcha hacia Roma.

...

Hasta ese momento, Roma no había hecho nada. Nadie creía que los galos fueran un peligro real. Eran solo bárbaros del norte, sin aliados, sin estrategia. El Senado no se preocupó.

Pero entonces llegó la noticia: los galos venían.

Nadie los había detenido. Nadie había imaginado que se atreverían. Pero ahora avanzaban, directos hacia Roma, quemando pueblos a su paso. Era una marcha lenta, pero imparable. Una tormenta que se acercaba más cada día.

Roma no estaba preparada.

No había tiempo para pensar. El Senado llamó a las armas de inmediato. Se reunió un ejército con prisa, con ciudadanos que nunca habían luchado juntos, sin entrenamiento, sin estrategia. El gran ejército que había conquistado Veyes ya se había disuelto. Muchos veteranos vivían ahora lejos, en nuevas tierras del norte, y no pudieron llegar a tiempo. En su lugar, respondieron jóvenes sin experiencia... y viejos que ya no podían correr.

No era un ejército. Era una multitud armada por el miedo.

Los líderes decidieron enfrentarse a los galos antes de que llegaran a la ciudad. El lugar del encuentro fue cerca del río Alia, a unos once kilómetros de Roma. El terreno era abierto, sin protección natural, y mal elegido para la batalla. Pero nadie pensó en eso. Querían actuar rápido. Querían evitar el desastre.

Fue un error.

Los romanos se organizaron mal. No formaron una línea sólida. Dejaron el ala izquierda débil y sin refuerzos. Además, los galos eran muchos más de lo que esperaban... y no

luchaban como los enemigos habituales. Atacaban con velocidad y violencia. Gritaban, se lanzaban con furia, golpeaban sin orden pero con fuerza.

Cuando los romanos vieron a los galos correr hacia ellos, con sus cuerpos pintados y sus espadas largas, el miedo los paralizó. El ala izquierda cayó en minutos. Y cuando esa parte huyó, el resto del ejército la siguió. En lugar de luchar... escaparon.

Fue una derrota total. Los soldados cruzaron el río Alia desesperados, sin orden, dejando armas y compañeros atrás. Muchos murieron ahogados. Otros fueron atrapados. Solo unos pocos lograron volver a Roma.

Allí, el pánico ya había comenzado.

El Senado se reunió de emergencia. No quedaba tiempo. Nadie sabía cuánto tardarían los galos en llegar, pero todos sabían que llegarían. Y sabían algo más: Roma no podía resistir un asalto. No tenía murallas. No tenía ejército. No tenía opciones.

Entonces, tomaron una decisión devastadora.

Roma debía ser abandonada.

El saqueo de Roma

La mayoría de los ciudadanos —familias, campesinos, comerciantes— huyeron lo más rápido posible. Salieron por las puertas con lo que podían llevar: comida, mantas, a veces niños en brazos. Buscaron refugio en las ciudades cercanas, y muchos fueron a un lugar irónicamente familiar: Veyes.

Otros no huyeron. Los sacerdotes, las vírgenes vestales y los cuidadores de los templos no pensaban en salvarse a sí mismos. Su deber era salvar los símbolos sagrados de Roma. Sacaron las estatuas de los dioses, los objetos rituales, el fuego eterno del templo de Vesta... y partieron hacia el sur, buscando un lugar seguro donde mantener viva la fe romana.

Pero no todos intentaron escapar.

Un grupo de ancianos patricios tomó otra decisión. Sabían que no podían luchar. Sabían que no podían huir. Entonces se quedaron. Se vistieron con sus togas más elegantes, tomaron sus sillas, y se sentaron delante de sus casas, en silencio.

No lo hicieron por orgullo, sino por tradición. Querían morir como romanos. Querían mostrar dignidad. Ellos eran la memoria de la República. Y esperaban que los dioses los recordaran así.

Mientras tanto, un último grupo se preparó para resistir.

Un pequeño número de soldados, senadores y jóvenes valientes se retiró a lo alto de la colina Capitolina. Allí estaba el templo de Júpiter, y desde allí, aún se podía defender la ciudad. Fortificaron la colina, reunieron provisiones, y juraron no rendirse.

Eran pocos. Estaban cansados. Tenían poca comida. Pero aún quedaba esperanza. Roma podía caer. Pero no completamente.

...

Cuando los galos llegaron a las puertas de Roma, no encontraron resistencia.

No había ejército. No había soldados en las murallas. No había gritos, ni ruido, ni movimiento. Roma estaba vacía.

Breno y sus hombres entraron con cuidado. Sospechaban una trampa. Pero no había ninguna. Avanzaron por las calles desiertas, mirando los templos, las plazas, las casas abiertas. Todo parecía abandonado... o casi todo.

Frente a algunas casas, encontraron figuras sentadas, vestidas con túnicas blancas. Eran los ancianos del Senado. No hablaban. No se movían. Solo observaban a los invasores con calma.

Los galos no entendían. ¿Estaban vivos? ¿Eran estatuas? Uno de ellos se acercó a un senador y le tocó la barba con la lanza. El viejo patricio respondió con dignidad: lo golpeó con su bastón.

Entonces, todo cambió. Los galos atacaron con furia. Mataron a los ancianos donde estaban sentados. La escena fue rápida y brutal. La dignidad romana fue respondida con violencia.

Después vino el saqueo.

Los galos comenzaron a robar, romper, y prender fuego a todo lo que encontraban. Las casas ardían. Los templos eran saqueados. Las estatuas sagradas eran destruidas o robadas. El humo subía al cielo como señal de la destrucción total.

Roma, la ciudad de los siete montes, estaba ardiendo.

Pero no toda Roma.

En lo alto de la colina Capitolina, los últimos defensores resistían. Habían cerrado los accesos y preparado una pequeña fortaleza improvisada. Desde allí podían ver el fuego. Podían escuchar los gritos. Pero no bajaban. No se rendían.

Breno no intentó subir de inmediato. Esperó. Tal vez pensó que los romanos se rendirían solos. Pero no fue así.

Entonces comenzó el asedio.

Día tras día, semana tras semana, los galos rodearon la colina. La vigilaron, la bloquearon, buscaron puntos débiles. Los romanos, atrapados arriba, tenían poca comida y menos esperanza. Pero aún estaban decididos a resistir.

Y así pasó un mes... y otro... y otro más.

La última resistencia

Durante siete meses, los galos rodearon la colina Capitolina.

La vida en el Capitolio era dura. Dormían al aire libre, con frío y humedad. Compartían la comida, medían cada ración. El hambre era constante. La fatiga también. Pero lo más difícil era la espera. La larga espera.

Los galos, abajo, no atacaban todos los días. Vigilaban, observaban, y de vez en cuando probaban la defensa. Pero no podían subir fácilmente. La colina era empinada, con caminos estrechos. Y los romanos la conocían bien.

Entonces, una noche, los galos intentaron un ataque sorpresa.

Un grupo de guerreros comenzó a escalar en silencio, usando las rocas y los árboles como apoyo. No llevaban armaduras. No gritaban. Paso a paso, subieron por un lado oculto del Capitolio.

Los soldados romanos dormían. El hambre y el cansancio pesaban más que el miedo. Nadie los vio.

Pero no todos dormían.

En el templo de Juno, vivían unos pocos gansos sagrados. Los gansos son aves grandes, parecidas a patos, pero más ruidosas. Estos gansos eran especiales: estaban dedicados a la diosa Juno, y por eso no se habían comido, a pesar del hambre. Esa noche, los gansos empezaron a graznar. Fuerte. Insistentemente.

Sus gritos despertaron a los soldados. Y despertaron a un hombre: Marco Manlio Capitolino.

Manlio fue el primero en reaccionar. Corrió hacia el borde de la colina y vio a los galos escalando. Sin dudar, agarró su escudo, tomó una lanza y se lanzó hacia ellos. Empujó al primer invasor con tanta fuerza que lo hizo caer al vacío. Después luchó contra otros dos, gritando para alertar a sus compañeros.

Gracias a los gansos. Gracias a Manlio. Roma se salvó esa noche.

Sin embargo, la situación dentro del Capitolio empeoraba cada día. El hambre se volvía insoportable. Algunos romanos empezaron a enfermar. Otros murieron por debilidad. Los soldados estaban exhaustos.

Al final, los líderes romanos tomaron una decisión: había que negociar.

Breno aceptó hablar. No porque estuviera cansado —sus hombres aún eran fuertes—, sino porque también había tenido pérdidas. Algunos dicen que una enfermedad, tal vez peste, había comenzado a afectar al campamento galo. Otros creen que Breno ya había tomado todo lo que quería: oro, fama, y el control de Roma.

Las dos partes se reunieron. Y se llegó a un acuerdo.

Roma pagaría un precio enorme para salvar lo que quedaba: mil libras de oro. Mil libras. Una suma inmensa. No en trigo, no en vino, no en tierras. En oro puro.

Se preparó una balanza para pesar el metal. Los romanos llevaron todo lo que pudieron reunir: anillos, copas, estatuillas, adornos de templos. Todo lo fundieron, lo convirtieron en barras, y comenzaron a pesar.

Pero algo no tenía sentido. Los romanos notaron que la balanza estaba mal. Los pesos de los galos eran más pesados de lo normal. El oro romano no era suficiente. Los romanos empezaron a protestar.

Entonces Breno sonrió. Se quitó su espada, pesada, y la lanzó sobre la balanza. El oro ahora pesaba aún menos en comparación.

La protesta creció. Pero Breno respondió con una sola frase, que quedó para siempre en la historia de Roma:

“¡Vae victis! “¡Ay de los vencidos!”

Porque los vencidos no negocian. Los vencidos obedecen.

Un héroe regresa... según la leyenda

Lo que pasó después es menos claro. Es difícil saber qué fue verdad y qué fue leyenda.

Pero, según la tradición romana, justo cuando los galos estaban a punto de marcharse con el oro... ocurrió un milagro.

Marco Furio Camilo, el héroe del asedio de Veyes, regresó.

Desde el exilio, había recibido noticias del desastre. Algunos senadores que habían escapado a Veyes lo habían buscado en secreto. Le ofrecieron el título de dictador, el

poder absoluto en una situación de emergencia. Camilo aceptó. Reunió hombres, organizó un ejército y marchó hacia Roma.

Y justo cuando los galos pesaban el oro del rescate, Camilo apareció.

“Ese oro no se entregará. Roma no se rinde. Roma no paga a los invasores”, dijo. En ese momento, se habría producido una última batalla, en medio de una ciudad en ruinas. Y contra toda probabilidad, los romanos ganaron.

Camilo, el exiliado, se convirtió en el salvador. Esa es la versión heroica. La leyenda que los romanos contaron durante generaciones.

Pero... ¿fue así?

Muchos creen que Camilo no llegó a tiempo para detener el pago, ni para expulsar a los galos. Es posible que fuera nombrado dictador después, para organizar la reconstrucción. Y es cierto que algunas fuentes antiguas —incluso griegas— hablan solo del oro, la peste y la retirada de los galos.

Pero quizás eso no era suficiente para Roma. Roma había sido saqueada, humillada, derrotada. ¿Cómo podía aceptar un final tan triste? Entonces nació la leyenda.

Tal vez no fue verdad. Pero fue la historia que Roma necesitaba.

...

Lo cierto es que, cuando los galos partieron, no dejaron una ciudad viva.

Las calles estaban cubiertas de ceniza. Las casas eran solo madera quemada y piedra rota. Los templos estaban vacíos. Las estatuas, destruidas o robadas.

Pero lo peor no era lo que se veía.

Los romanos también habían perdido su historia. Sus leyes. Sus archivos. Los registros del censo, los documentos del Senado, y hasta las copias de las Doce Tablas —las leyes escritas más importantes— habían desaparecido en el fuego.

Roma no solo tenía que reconstruir los edificios. Tenía que reconstruir su memoria.

Y entonces comenzó el debate.

Muchos decían que no tenía sentido quedarse. ¿Cómo vivir entre ruinas? ¿Cómo empezar de nuevo, si ya no quedaba nada?

Veyes era una opción real. Estaba vacía, intacta, y lista para recibir habitantes. Tenía casas, templos, murallas. Algunos senadores, y muchas familias plebeyas, pensaban que mudarse allí era la mejor solución.

Era una idea práctica, pero no era una idea romana. Y en medio del debate, se levantó una voz: Camilo. Dicen que se puso de pie entre las ruinas del Capitolio, con la toga sucia y la mirada firme. Y dijo:

—Esta tierra está rota, sí. Pero es nuestra. Aquí nacimos. Aquí luchamos. Aquí están nuestros dioses, nuestros muertos y nuestros recuerdos. Si dejamos Roma, dejamos de ser romanos.

Tal vez esas palabras nunca fueron dichas exactamente así. Tal vez no hubo discurso. Pero la idea era clara, poderosa, y convenció a muchos.

Roma no se movería. Aunque estuviera destruida, seguiría siendo Roma.

Desde las cenizas de Roma

Roma decidió quedarse... pero no era la misma ciudad.

La reconstrucción comenzó de inmediato, pero fue caótica. No había planos. No había registros. No había una autoridad clara para organizarlo todo.

Cada ciudadano reconstruía su casa donde podía, como podía. Las calles cambiaron. Algunas plazas desaparecieron. El Foro se llenó de ruido, polvo y trabajo. No había tiempo para pensar en belleza o estilo. Lo importante era levantar muros, poner techos, volver a vivir.

Los líderes sabían que no podían repetir los errores del pasado. Después del saqueo, muchas cosas tenían que cambiar. Especialmente el ejército.

Hasta ese momento, Roma ya había empezado a cambiar su forma de hacer la guerra. Durante el asedio de Veyes, el Estado comenzó a pagar a los soldados —un cambio muy importante— para que pudieran luchar todo el año, sin tener que volver al campo en otoño. Pero después del saqueo de los galos, quedó claro que eso no era suficiente. El ejército necesitaba más estructura. Más preparación. Más disciplina.

Roma empezó a organizar a los soldados en grupos según su riqueza y su equipo. Se mejoró el entrenamiento, y se establecieron reglas más claras para el mando y la estrategia. Ya no se trataba solo de reunir hombres en caso de guerra. Ahora, Roma quería tener un ejército listo... incluso en tiempos de paz.

Y también, Roma decidió que necesitaba reforzar su defensa: construir una gran muralla de piedra alrededor de la ciudad. La muralla fue construida con bloques de toba, una piedra volcánica que se extraía cerca de Roma. En algunas partes, tenía más de tres metros de ancho y hasta cuatro metros de alto. Rodeaba las siete colinas, y también las zonas más bajas cerca del río. Tenía torres, puertas grandes, y partes reforzadas con tierra y madera.

Esta muralla es conocida como “las murallas servianas”. El nombre viene de una tradición que decía que el rey Servio Tulio había comenzado las defensas siglos antes. La muralla servía para proteger... pero también para calmar.

Era una barrera física, sí, pero también psicológica. Después del trauma, los romanos necesitaban sentir que su ciudad estaba segura. Ver esa muralla daba confianza. Daba fuerza. Era una señal para todos: Roma no iba a caer otra vez sin luchar.

Pero algo más cambió. Algo más profundo.

Después del ataque de los galos, los romanos ya no vieron el mundo de la misma forma. Descubrieron que podían perderlo todo. Que ninguna ciudad es invencible. Que los enemigos pueden venir de lugares lejanos y atacar sin aviso.

Roma empezó a vivir con más vigilancia. El recuerdo del saqueo se quedó en la memoria colectiva. Había nacido una nueva Roma: más fuerte, más seria, y más decidida a no caer nunca más.

Conclusión

La historia del saqueo de Roma por los galos no es solo una historia de derrota, sino de transformación.

Roma entendió que no era invencible. El orgullo podía traer peligro. El enemigo podía aparecer en cualquier momento. Pero también comprendió algo más importante: que podía resistir.

Desde las ruinas, reconstruyó no solo sus calles y templos, sino también su espíritu. Cambió su forma de pensar. Actuó con más cuidado, con más seriedad. El desastre dejó una marca profunda. Fue una herida... pero también una lección.

Los romanos recordaron a Breno, la humillación, y aquellas palabras terribles: *Vae victis*.

Desde entonces, Roma ya no fue la misma. Quería estar lista. Recuperar su lugar. Probar su fuerza.

En los años siguientes, enfrentará a sus vecinos, tomará decisiones difíciles y comenzará a construir algo mucho más grande.

En el primer episodio de este podcast, hablamos de otra ciudad destruida: Troya. De un joven llamado Eneas, escapando del fuego, llevando a su padre, buscando un nuevo hogar.

Hoy llegamos a otra ciudad quemada. Pero esta vez, no se trata de huir. Se trata de quedarse. De resistir. De empezar de nuevo.

De las cenizas de Troya nació Roma. Y de las cenizas de Roma... una nueva voluntad. Una ciudad que recuerda. Un pueblo decidido a no caer de nuevo.

Nos vemos en el próximo episodio.